

LA RELIGIOSIDAD POPULAR. ACTUALIDAD Y FUTURO

Carlos Amigo Vallejo
CARDENAL ARZOBISPO DE SEVILLA

Valorada por muchos y fuertemente contestada desde otros sectores, la religiosidad popular es algo tan presente como imprescindible en la vida y cultura de los pueblos. Sentida con hondura religiosa y utilizada con finalidades culturalistas y comerciales. Aceptada y discutida. En tela su autenticidad religiosa de juicio y sus posibilidades evangelizadoras. ¿Es una rémora o un campo privilegiado para la acción pastoral de la Iglesia? Sea como fuere, la religiosidad popular es objeto de estudio para la antropología, la fenomenología cultural, la filosofía de la religión, la psicología. Se habla de religiosidad popular y globalización, economía, liberación, liturgia, sacramentalización, catequesis, política, cultura, folclore, arte, turismo...

De una u otra manera, lo religioso está presente en el interés social. Unas veces para la estima y algunas para el denuesto. Aunque también será necesario matizar sobre el objeto de ese amor o de ese rechazo. Habrá que separar el trigo de Dios y la cizaña que ponen los hombres, las iglesias, los grupos proselitistas, los creyentes, los ateos, los arribistas y los aprovechados de siempre.

Lo religioso despierta interés en los escritos y en la participación, en los debates elitistas y en la calle. Sin embargo, no siempre se puede decir que exista ese interés por la vivencia auténticamente religiosa. La ambigüedad, la ignorancia, lo superficial, los sucedáneos piadosos, los intentos de secuestrar el contenido religioso a las manifestaciones populares, son algo a tener en cuenta. La apariencia puede ser engañosa en una doble dirección: que haya apariencia religiosa y vacío interior de fe o que, con visos de incredulidad exterior, se confiese en lo íntimo un deseo sincero de acercamiento a Dios.

La religión interesa como fenómeno cultural, como marco para el encuentro con las propias raíces de la tradición, como fiesta popular y ocasión para congregar a los que la vida ha dispersado. Sin embargo, lo religioso cuenta poco en la esfera pública y social. Fe y cultura van de la mano en las manifestaciones de la religiosidad popular. La cultura es como el vehículo a través del cual el hombre expresa sus vivencias más profundas. Por eso, la cultura religiosa, sin fe, carece de alma. Sería un signo sin contenido, una tradición sin vivencias que la sostengan, un misterio sin fe.

La religiosidad popular es una experiencia universal. No tiene relación, necesariamente, con la revelación cristiana. Pero, cuando hablamos de catolicismo popular nos referimos a aquellos elementos provenientes del sentido religioso de la vida, de la cultura propia de un pueblo y su encuentro con la revelación cristiana¹.

Es por demás evidente que las expresiones de la religiosidad son tan múltiples como variadas. No es fácil encontrar un elemento definitorio común y único, aunque intentamos llegar a la configuración de una síntesis en la que se expresen las características comunes de expresiones diferentes, como pueden ser aquellas que se refieren a la fiesta, imágenes, procesiones, santuarios, reliquias, ornamentos, canto, música, danza, retablos, medallas, literatura, actos de culto, romerías, pregones, celebraciones de momentos importantes de la vida –nacimiento, bautismo, matrimonio, muerte–, ritos anuales de navidad, cuaresma, semana santa, pascua, Pentecostés, fiestas de la Virgen o de los santos...

En las devociones populares, catolicismo popular, fe del pueblo, piedad popular, etc., intervienen múltiples factores religiosos y culturales, la tradición y lo social, la

¹ Cf. Congregación, n. 10.

participación activa de unos grupos y la ausencia de otros, la idiosincrasia de cada uno y lo arraigado de la fe. Sea como fuere, la religiosidad popular en una realidad compleja, tanto en sus contenidos como en sus manifestaciones.

ACTUALIDAD DE LO RELIGIOSO Y DE LA RELIGIOSIDAD

Estamos siendo testigos de una extraña paradoja. Se pretende imponer el laicismo y la secularización y no sólo proliferan las manifestaciones religiosas, sino que se promueven desde instancias oficiales que, en otras parcelas sociales y culturales, se empeñan en marginar lo religioso. El pretexto de un apoyo cultural y festivo, olvidando lo religioso, sería poco menos que una sustracción interesada de un valor que pertenece a la fe religiosa del pueblo.

Refiriéndonos a las manifestaciones externas de prácticas religiosas, y más en concreto las de nuestro entorno, la presencia de gentes es multitudinaria, entusiasta, participativa, con indiscutible vigencia de unas raíces de fe, aunque, como es lógico, revestidas con los hábitos y formas propias de una determinada cultura. La Semana Santa, el Corpus Christi, las fiestas de la Virgen y de los Santos, las peregrinaciones a determinados santuarios, las devociones tradicionales... Todas esas celebraciones tienen una convocatoria siempre superior y más participada que cualquier otro evento no religioso.

Se habla del olvido de la fe y del retorno de lo sagrado, de la superación de la creencia y de la praxis ritualista, de la secularización de las costumbres y de la abundancia de signos religiosos, de la crisis de la fe y de la moral y del auge espectacular de la religiosidad popular. Participación masiva y pública, uso de hábitos e insignias, pertenencia a asociaciones, abundancia de actos y celebraciones, numerosa presencia de jóvenes, incorporación de la mujer, sentido colectivo de fiesta...

Según algunos sociólogos el tema religioso está recobrando actualidad e interés. Esta afirmación viene al hilo de esa avalancha de opiniones sobre el retorno de lo sagrado, la “venganza de los dioses”, la “revolución mística”, “el éxito de Dios”, el fenómeno masivo de la participación en manifestaciones religiosas populares...

Crece el número de los que se confiesan indiferentes en materia religiosa. Por otra parte, aumenta la participación de esas mismas personas en acontecimientos religiosos. Las asociaciones relacionadas con la religiosidad popular viven un pujante momento, no sólo por el aumento del número de inscritos, sino de interés por el conocimiento, la formación, el acercarse a lo que significa esta peculiar manera de vivir la fe.

¿Se busca lo religioso por motivaciones de fe o es el sustitutivo de una creencia que ha desaparecido? ¿Es refugio y último asidero ante lo que se cree el desmoronamiento de la práctica religiosa? ¿Puede ser una velada

crítica a una manera de actuar de la Iglesia? ¿Se puede sospechar de evasión ante el compromiso social de la fe que esa misma Iglesia urge y recuerda? ¿Qué es y en qué consiste la religiosidad popular? ¿Qué es lo que debe permanecer y lo que hay que renovar? ¿La religiosidad popular es una ayuda o una evasión del verdadero compromiso cristiano?

El sentido de Dios y de la trascendencia es algo indiscutible en la religiosidad popular. También el encuentro con la familia y el sentido de fiesta en la que todos pueden participar. Los sentimientos afloran y se reaviva el rescoldo de una fe adormecida. La religiosidad popular aparece como un desbordado conjunto de expresiones compartidas en las que parece triunfar lo estético sobre los contenidos, la religiosidad sobre lo religioso, la manifestación sobre el misterio de fe que se celebra. El exorno es generoso, bello, cuidado, rico. La participación masiva. Todo está hablando del acontecimiento que se celebra: imágenes, música, lenguaje, olores, ornamentos. Hay sentido de fiesta, con una sorprendente relación entre la penitencia y lo pascual, entre lo religioso y lo profano.

Otra cosa distinta, y siempre respetable, es el acercamiento al acontecimiento religioso con simples y legítimos intereses culturales. Esos estudios pueden ser una ayuda para comprender y resaltar más la significación religiosa, nunca para suplantarla o para reducirlo todo a un mero culturalismo.

Ante las dificultades de la fe, no es infrecuente que se caiga en la idolatría del fundamentalismo racionalista, que se encierra en sí mismo y no deja espacio a otras posibilidades. Se emprenden ardientes campañas para tratar de privar a la religión de la libertad y reduciéndola al ámbito de lo privado, pretendiendo vaciar el mundo de todo residuo que recuerde a Dios. El laicismo, como erradicación práctica de cuanto tenga visos de fe y de religión, es la categoría social más representativa. Reviste diversas formas. El resultado: dejar a las cosas sin alma. Algunos ponen la explicación en los cambios bruscos y acelerados de ideas y modos de vivir. Destruye la moral y minusvalora la persona, la vida. Es como plaga imparable que carcome cualquier ideal trascendente. Sobre todo si se refiere a la fe y se relaciona con Dios.

Se oirán hueros discursos culturalistas buscando motivaciones extrañas a lo evidentemente y sencillo. Querrá, el horizontalismo secularista, empeñarse en dejar tendidos en el suelo convencimientos y oraciones y no dejar subir a la trascendencia. La sacramentalidad de lo sagrado se llamará fenomenología. Y la liturgia, ritualismo. La tradición quedará en costumbre repetida y la sinceridad religiosa en exhibición para visitantes en días de vacación. Igual que en otras cosas, también ha querido hacerse una religiosidad civil. Pongamos la fiesta y quitemos la fe. Vistamos al nazareno y desnudemos al creyente. Hagamos música y desfile, pero olvidemos la cruz, la penitencia, la resurrección y la pascua.

Se exige, desde algunos ambientes laicistas, la retirada de crucifijos y otros signos religiosos de los centros públicos. Que no haya celebraciones religiosas en actos civiles. Sustituir el “santo Patrono” por algún héroe civil. Preparar un calendario laicista. Proponer ritos de paso civiles y una reinterpretación laica de las fiestas: la Navidad como fiesta de la familia y la Semana Santa como la de la primavera. Oposición a que se den nombres religiosos a centros docentes, comunidades, asociaciones de padres, calles, etc.

La laicidad habría de entenderse como libertad religiosa, no como reducción de la religión al ámbito privado, y menos como exclusión o persecución. El Estado verdaderamente laico, no apuesta por una religión determinada ni por borrarlas a todas de la vida pública, sino que intenta articular institucionalmente la vida compartida, de tal modo que todos se sientan reconocidos como ciudadanos, sin tener que renunciar a la expresión de sus sin identidades religiosas.

Escuchemos a Benedicto XVI en su reciente discurso en la ONU:

“Los derechos humanos deben incluir el derecho a la libertad religiosa, entendido como expresión de una dimensión que es al mismo tiempo individual y comunitaria, una visión que manifiesta la unidad de la persona, aun distinguiendo claramente entre la dimensión de ciudadano y la de creyente. (...) Es inconcebible, por tanto, que los creyentes tengan que suprimir una parte de sí mismos, su fe, para ser ciudadanos activos. Nunca debería ser necesario renegar de Dios para poder gozar de los propios derechos. (...) No se puede limitar la plena garantía de la libertad religiosa al libre ejercicio del culto, sino que se ha de tener en la debida consideración la dimensión pública de la religión y, por tanto, la posibilidad de que los creyentes contribuyan a la construcción del orden social”².

Los valores más apreciados y profundos del hombre aparecen en las manifestaciones de la religiosidad popular, por tanto, la reflexión no puede hacerse solamente en el interior de la Iglesia, sino en el diálogo con la realidad social, con el entorno en el que se vive.

¿La cultura ha dejado de ser religiosa y lo religioso es ajeno a la cultura actual? Hay un buen y necesario trabajo a realizar: reconciliar al hombre con la cultura. Con el testimonio, como presencia activa que expresa, en gestos eficaces y significativos, la verdad en la que cree y la que se vive. Todo el amplio campo de la cultura es espacio para la restauración ética, moral, religiosa. Trabajo de inculturación, que es poner en diálogo la fe, el pensamiento y la actividad de los hombres. Una fe que no esté encarnada en la historia, en la experiencia de los hombres, sería una fe evasiva, desencarnada. No es que la fe se confunda con la cultura. Allí donde están los hombres, con su lenguaje, valores, tradiciones e histo-

ria, es donde se vive la fe. La revelación tiene que encarnarse y vivirse en la historia de los hombres.

UNA DEFINICIÓN APROXIMADA

Se ha buscado, hasta ahora sin mucho éxito, una expresión común a esta vivencia profunda de contenido religioso que llega al corazón del pueblo. Aparece en formas y variantes muy distintas y hasta complejas. Se habla de “piedad del pueblo”, “catolicismo popular”, “piedad popular” “religión del pueblo”, “religiosidad popular”... En los documentos oficiales tampoco hay una forma única de expresarse.

El acercamiento a una definición y concepto de religiosidad popular, gira necesariamente en torno a dos realidades: religión y pueblo. Lo popular no es un concepto asumido unívocamente. Para unos es lo sencillo como oposición a lo oficial, a lo intelectualizado, a la clase dominante, a lo jerárquico y clerical, incluso desde algunas extremas posturas culturalistas, a la fe religiosa.

“La realidad indicada con la palabra “religiosidad popular”, se refiere a una experiencia universal: en el corazón de toda persona, como en la cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, está siempre presente una dimensión religiosa. Todo pueblo, de hecho, tiende a expresar su visión total de la trascendencia y su concepción de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, a través de mediaciones culturales, en una síntesis característica, de gran significado humano y espiritual. La religiosidad popular no tiene relación, necesariamente, con la revelación cristiana. Pero en muchas regiones, expresándose en una sociedad impregnada de diversas formas de elementos cristianos, da lugar a una especie de “catolicismo popular”, en el cual coexisten, más o menos armónicamente, elementos provenientes del sentido religioso de la vida, de la cultura propia de un pueblo, de la revelación cristiana. También se une al concepto de religiosidad popular el de cultura. Peculiar capítulo es éste, donde no se sabe distinguir bien si el Evangelio se lee y canta con la melodía de la cultura, o si es la cultura, formada ya desde la iluminación del Evangelio, la que debe juzgarse con las pautas nuevas de la revelación propuestas por el Evangelio”³.

Por “piedad popular”, se entiende “las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas del genio de un pueblo o de una etnia y de su cultura”⁴.

Juan Pablo II insistía en que la religiosidad popular no puede reducirse a una expresión antropológica o sociológica, sino que se trata de momentos de gran intensidad de gracia, en los que el hombre descubre sus

² “A la Asamblea General...”.

³ Congregación, n.10.

⁴ Congregación, n. 9.

propias raíces y se siente inclinado a la oración, a la penitencia y a la caridad fraterna. En esta piedad popular hay auténticas expresiones de fe cristiana, aunque haya también elementos que superar y purificar. Es decir, que hay que valorar la religiosidad popular, pero también evangelizarla y darle auténtico el contenido de la fe cristiana⁵.

¿De qué tenemos que hablar, de “culturas” o “de religiones”? La cultura es expresión de cuánto es y vive una comunidad, un pueblo, una persona. Fe y cultura son realidades tan distintas como inseparables. La fe es adhesión y firmeza a la verdad que el mismo Dios ha manifestado. El hombre recibe esa revelación y la vive y expresa en su modo más peculiar de ser. Habla de Dios, pero con su propia lengua humana. Con sus signos y sus gestos, con su cultura. El Evangelio se encarna en la vida del hombre y esa misma vida se transforma, sin dejar de tener sus propias señas de identidad.

Al concepto de religiosidad popular se une el de cultura. Peculiar capítulo es éste, donde no se sabe distinguir bien si el Evangelio se lee y canta con la melodía de la cultura, o si es la cultura la que debe juzgarse con las pautas nuevas de la revelación evangélica.

No puede negarse una recíproca influencia entre la fe y la cultura. Pero no hay que confundir ni separar las expresiones culturales con el misterio de fe que las sustenta. Así lo comprende y así lo vive el pueblo, que expresa la profunda vivencia del mensaje evangélico que se ha metido en lo más genuino de su cultura. Será necesario, desde luego, el trabajo de un continuo discernimiento pastoral para lograr que los contenidos, signos y tradiciones tengan el criterio de autenticidad en el testimonio de una sincera conversión a Dios y en la práctica del amor cristiano. En este discernimiento habrá que prestar mucha atención a ese pueblo, que mira sus propias manifestaciones religiosas como escuelas donde aprender y donde enseñar a las nuevas generaciones. La cultura, el hacer de los pueblos, sus tradiciones y fiestas, recibieron el Evangelio y lo pusieron como levadura en los hondones de sus mejores esencias.

La religión popular está muy cerca de la vida. Se deja llevar más por los sentimientos que por las ideas, por la espontaneidad más que por los razonamientos, por la intuición más que por argumentos, la pasión está por encima de los proyectos y programas. Se percibe la profundidad del misterio de una manera intuitiva. No se siguen tanto los grandes principios como los profundos sentimientos, que nada tienen que ver con el sentimentalismo, ni con una subjetividad irrelevante y puramente emocional. La religión popular no tiene impedimento alguno para acarearse directamente a Dios, a Cristo, a María o a los Santos. Se les presentan ense-

guida los problemas, las angustias, las súplicas y las esperanzas. No importa la posible acusación de egocentrismo y de intereses particulares. Dios es un médico al que se ofrece el diagnóstico y el remedio: aquí está mi problema y esto es lo que tú debes hacer. Más que racional, la religión popular es relacional. El gran peligro de la religión popular es el de rebajar a Dios al nivel del hombre y manipular su trascendencia. Dios sería poco menos que un ídolo y la proyección de los deseos insatisfechos del hombre. Esa religión puede ser un inconveniente, más que un camino para la vida cristiana. Pero bien orientada, puede ser una tierra fecunda donde crezca una fe auténtica⁶.

Más allá de la terminología y de los conceptos, la religiosidad es, cuando menos, un fenómeno de extraordinaria presencia en el entorno de nuestra vida cristiana. Las motivaciones de acercamiento de las gentes a estas manifestaciones populares pueden ser tan diferentes como auténticas o ambiguas.

LA IGLESIA Y LA RELIGIOSIDAD POPULAR

La Iglesia reconoce los muchos valores humanos, culturales y religiosos que tiene la religiosidad popular. Es por ello, que desea examinar y profundizar lo que significa para el pueblo de Dios y para la acción evangelizadora de la comunidad cristiana.

Ahora bien, poner sobre la mesa de la crítica la vivencia religiosa, como si de simple fenómeno social se tratara, es desconocer la naturaleza de aquello que quiere estudiar. Lo religioso tiene unas motivaciones que escapan al análisis meramente sociológico, tampoco encuadra dentro de unas líneas de conocimiento marcadas simple y exclusivamente por lo antropológico.

Los Obispos del Sur de España señalan tres principales posiciones y prácticas pastorales: actitudes abandonistas o destructivas, que piensan que lo mejor es ignorar o pasar con indiferencia ante un fenómeno que no interesa; actitudes conformistas o inmovilistas, que lo aceptan y lo siguen y que piensan que nada hay que cambiar ni renovar; actitudes constructivas o renovadoras, que intentan un serio trabajo de fidelidad y de renovación⁷.

Pablo VI había recuperado la antigua institución del Sínodo de los Obispos. Una asamblea en la que el Papa y los obispos estudiaban los principales asuntos de la vida y misión de la Iglesia. Juan Pablo II quiso convocar a los obispos en asambleas continentales. Europa, África, América, Asia y Oceanía tendrían sus correspondientes asambleas. De las exhortaciones postsinodales que publicó el Papa con las propuestas de los Sínodos, podede-

⁵ “A los obispos...”.

⁶ Cf. Danneels, n. 11, 30, 31.

⁷ Asamblea de los obispos del sur. *El catolicismo...*, 26.

mos sacar las siguientes conclusiones sobre la religiosidad popular: está profundamente arraigada el pueblo; presente en todos los niveles sociales; importante lugar de encuentro con Cristo; contiene auténticos valores espirituales; acrecienta en los fieles la conciencia de pertenecer a la Iglesia; puede ser una respuesta válida a los desafíos de la secularización; es transmisora de la sabiduría popular; espacio para una adecuada inculturación; se le debe dedicar una atención especial mediante una pastoral de promoción y renovación; vigilancia pastoral sobre los aspectos ambiguos, desviaciones secularistas, consumismos desconsiderados...; estar siempre en armonía con la liturgia y vinculada a los sacramentos.

La religiosidad popular es un precioso tesoro de la Iglesia católica que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar. Así se expresaba Benedicto XVI ante V Conferencia del Consejo de Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe (13-5-07). Han sido muchas las ocasiones en las que Benedicto XVI se ha referido a la religiosidad popular, particularmente en las visitas que ha realizado a los santuarios marianos de mayor devoción en la Iglesia. En su magisterio, el Papa se ha referido a la auténtica devoción a la Virgen María y a los santos, a la piedad popular y a las Cofradías, a las sanas tradiciones religiosas y al encuentro de la fe con la cultura de los pueblos.

Los santuarios son una fuente de vida y de fe en la Iglesia universal, en ellos se palpa la presencia materna de la Virgen. Hasta ellos acuden distintas generaciones con sus deseos, esperanzas, problemas y sufrimientos... Es una auténtica misión popular en la que se vive el encuentro fraterno, la reconciliación, el encuentro con la Eucaristía⁸.

Decía el Papa que al santuario llegan personas de pueblos y culturas diferentes, que traen sus preocupaciones y también sus peticiones y súplicas. “De este modo, Mariázell se ha convertido para Austria, y mucho más allá de sus fronteras, en un lugar de paz y de unidad reconciliada”⁹. Como se había expresado en otra ocasión Benedicto XVI resaltaba la importancia de “esta unión que la Virgen crea entre los continentes, entre las culturas, al estar cerca de cada cultura específica y, al mismo tiempo, unificándolas a todas entre sí; precisamente esto me parece importante: el conjunto de especificidades de las culturas –que tienen su riqueza propia– y la unidad en la comunión de la misma familia de Dios”¹⁰.

Esta devoción popular puede ser camino de acercamiento para muchas personas.

“La piedad popular –dice el Papa– es una fuerza nuestra, porque se trata de oraciones muy arraigadas en el corazón de las personas. Incluso personas que están

algo alejadas de la vida de la Iglesia y no tienen una gran comprensión de la fe, se sienten tocados en el corazón por esta oración. Se debe “iluminar” estos gestos, “purificar” esta tradición, para que se convierta en vida actual de la Iglesia”¹¹.

Con motivo de una visita de la Confederación de Cofradías de las Diócesis de Italia, el Papa se refirió a la relación de las Cofradías con la religiosidad popular.

“¿Cómo no recordar inmediatamente la importancia y la influencia que las cofradías han ejercido en las comunidades cristianas de Italia ya desde los primeros siglos del milenio pasado? Muchas de ellas, suscitadas por personas llenas de celo, se han convertido pronto en asociaciones de fieles laicos dedicados a poner de relieve algunos rasgos de la religiosidad popular vinculados a la vida de Jesucristo, especialmente a su pasión, muerte y resurrección, a la devoción a la Virgen María y a los santos, uniendo casi siempre obras concretas de misericordia y de solidaridad (...) Así, desde los orígenes, vuestras cofradías se han distinguido por sus formas típicas de piedad popular, a las que se unían muchas iniciativas de caridad en favor de los pobres, los enfermos y los que sufren, implicando a numerosos voluntarios, de todas las clases sociales, en esta competición de ayuda generosa a los necesitados. Se comprende mejor este espíritu de caridad fraterna si se tiene en cuenta que comenzaron a surgir durante la Edad Media, cuando aún no existían formas estructuradas de asistencia pública que garantizaran intervenciones sociales y sanitarias a los sectores más débiles de la colectividad. Dicha situación ha perdurado a lo largo de los siglos sucesivos, podríamos decir hasta nuestros días, en que, a pesar del incremento del bienestar económico, todavía no han desaparecido las bolsas de pobreza y, por tanto, hoy como en el pasado, queda mucho por hacer en el campo de la solidaridad”¹².

Respecto a la cultura y las tradiciones y su relación con la religiosidad popular, Benedicto XVI dice que la sabiduría de los pueblos les llevó a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana.

“De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos: Esta religiosidad se expresa también en la devoción a los santos con sus fiestas patronales, en el amor al Papa y a los demás pastores, en el amor a la Iglesia universal como gran familia de Dios que nunca puede ni debe dejar solos o en la miseria a sus propios hijos. Todo ello forma el gran mosaico de la religiosidad popular que es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar”¹³.

En los mismos países de Europa, “las tradiciones cristianas con frecuencia están arraigadas y siguen produciendo frutos, mientras que se está llevando a cabo un gran esfuerzo de evangelización y catequesis, diri-

⁸ Cf. BENEDICTO XVI. “Al clero...”.

⁹ BENEDICTO XVI. “Homilía...”.

¹⁰ Entrevista a Benedicto XVI, 9-5-07.

¹¹ BENEDICTO XVI. “Al clero...”.

¹² BENEDICTO XVI. “A las Cofradías...”.

¹³ BENEDICTO XVI. “A la V Conferencia...”.

gido en particular a las nuevas generaciones, pero también cada vez más a las familias”¹⁴.

EL FUTURO DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR

¿De dónde provienen vivencias tan sentidas? ¿Por qué esta respuesta multitudinaria? ¿Lo que es una tradición tan arraigada puede continuar en el futuro? ¿Las nuevas generaciones vibran en la misma manera que lo hacen sus abuelos? Los jóvenes continúan interesándose por las manifestaciones religiosas, aunque por distintas motivaciones. Participan, pero no siempre viven la celebración religiosa. ¿Cómo será el futuro de la religiosidad popular? ¿Cómo serán los días venideros de las asociaciones religiosas de culto y de caridad? ¿Qué es lo que ha de permanecer y lo que ha de cambiar?

Mientras unos reciben con gozo y esperanza el retorno de lo religioso, para otros esta nueva religiosidad es una llamada de atención para estar alerta y reempezar la campaña contra cualquier creencia religiosa. Se sospecha de esa religiosidad, que parece llegar como travestida y enfundada en la ambigüedad entre la fe y el agnosticismo, entre el reconocimiento del misterio y la burla de la trascendencia. Visionarios y adivinos, espiritistas y teósofos van apareciendo en un fantasmagórico y variopinto escenario de cábalas, ensalmos, supersticiones, maleficios y adivinación. Todo ello revestido, frecuentemente, de un ropaje de religiosismo tan falso como ridículo.

Aquí, de nuevo, se presenta la crítica del sentimiento y la nostalgia, pretendiendo querer hacer ver que está vivo lo que definitivamente ha desaparecido. Si permanece, no es más que reducto subjetivo de algo que aconteciera. La nostalgia es tan propia de lo que pasara hace muchos años, como de lo que se viviera anteayer. Tampoco basta la simple existencia. Se puede vivir en un estado permanente de hibernación, de latencia continuada. No influye, no molesta, no interpela. Está vivo, pero no genera, no crea, no piensa. Un estado plano y amorfo desde el punto de vista social. Su existencia dice muy poco al conjunto de la humanidad.

Una arraigante y presuntuosa mentalidad laicista quiere relegar cualquier atisbo de religiosidad al cementerio de los restos del pasado. Las costumbres tienen que ser laicas. Si así no lo son, el decreto hará que lo sean. Si las manifestaciones del pueblo aparecen como religiosas, lo serán como fruto de alienación e imperio de un oscurantismo interesadamente provocado por las clases dominantes, ya que el pueblo, por imaginario decreto, ha dejado de ser religioso.

La pregunta se repite con insistencia: ¿Qué es lo que ha cambiado y qué es lo que permanece? ¿Qué ideas,

costumbres, creencias, van a perdurar en el futuro y cuáles hemos de olvidar ya para siempre? Sea como fuere, será conveniente tener en cuenta las palabras de Pablo VI:

“La Iglesia no existe para adaptarse al mundo, sino para evangelizarlo. La evangelización, no se identifica ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna”¹⁵.

Será necesario progresar en ese permanente diálogo entre la fe y la cultura, con la superación de la incoherencia y el fundamentalismo y conseguir esa necesaria unidad entre fe y vida. Tender puentes entre el ayer y el mañana, respetando raíces y haciendo crecer esperanzas. Defendiéndose del inmovilismo, por una parte, y del vacío postmoderno de una historia sin pretérito ni futuro. Asumir ese valor dinámico del tiempo, que hace posible el encuentro entre la sabiduría de ayer y lo nuevo que nos depara el futuro.

La reflexión sobre la religiosidad popular y el futuro puede hacerse en claves diferentes y con variados criterios, que van desde lo antropológico y cultural hasta lo religioso y trascendente. Habrá que tener en cuenta la idiosincrasia de la persona en todas sus manifestaciones. Asimilación de una cultura concreta, pero sin ser prisionero de ella. Con apertura de mente para el necesario diálogo con estilos y mentalidades diferentes. Pero defendiendo la propia identidad, sin caer ni en la corrupción, que es dejar de ser lo que uno es, ni en esa multiculturalidad que puede entrañar un serio problema de relativismo. El mejor camino para la comprensión será el del diálogo entre la fe y la cultura, entre la revelación y la ciencia, entre la manifestación y la liturgia.

La renovación permanente no es un entretenimiento para personas inquietas, ni pábulo para la imaginación, sino una exigencia de la vida. Solamente aquello que es capaz de renovarse puede vivir. Es como una garantía de fidelidad, de atención y cuidado de la fe que se ha recibido. Si constantemente se pide una renovación en la religiosidad popular, no se hace para fustigar y corregir, sino pensando en la vitalidad que encierra una verdadera acción cristiana en la que el Evangelio es siempre la mejor de todas las reglas.

La renovación es un valor permanente, tanto de la Iglesia, como de cualquier grupo social. En cuanto a la religiosidad, no sólo es una necesidad sociológica, sino consecuencia de la conversión interior que supone cualquier acercamiento al misterio de Dios. La purificación de lo menos recto, la adhesión a la verdad revelada, exigen

¹⁴ BENEDICTO XVI. “Discurso...”.

¹⁵ PABLO VI, *Evangelii...* 20.

una atención permanente, no como trabajo psicológico de interés y autoestima, sino como deseo sincero de verdad y de autenticidad en la relación con Dios, donde lo secular y lo sagrado no estén en una situación de permanente conflicto, como si de una pugna de poderes se tratara.

Hay una primera e incuestionable conclusión: la fidelidad. A la historia y a la tradición. Lejos de cualquier inmovilismo y trabajando en favor de una renovación permanente y positiva. De lo contrario tendríamos que renunciar, no sólo al valor del progreso, sino a nuestra misma racionalidad. Unas veces ese progreso puede ser de lenguaje y de expresiones, otra de revisión de contenidos.

Ante las interpretaciones culturales y su peligro reduccionista, evitar la limitación de lo religioso a lo cultural, aunque también es conveniente no separar lo cultural de lo religioso por el peligro de desencarnación. Recuperar el valor religioso de signos secularizados, incorporar acciones pastorales a la dinámica de las celebraciones populares.

En el magisterio pontificio se han señalado unas actitudes fundamentales a tener en cuenta en las líneas pastorales de la religiosidad popular: prestarle la debida atención; reconocer sus innegables valores, cuidarla debidamente y estar vigilantes ante posibles desviaciones. El acercamiento a las formas y expresiones de la religiosidad popular es imprescindible. Pero se necesita conocerla y valorarla en sus distintas dimensiones.

Ni una actitud abandonista y destructiva y pastoral de desestimación y abandono, ni la conformista e inmovilista de ver el catolicismo popular como la expresión más fiel y segura de religiosidad. Es conveniente una actitud constructiva y renovadora: educar en la fe, el compromiso y las responsabilidades eclesiales y sociales, reafirmar el carácter religioso de las manifestaciones, denunciar las distorsiones, purificación de lo imperfecto, aprovechamiento de lo más válido como es la devoción a Cristo, la Eucaristía, el amor sincero a María, el asociacionismo, el interés juvenil, el sentido de lo festivo. Todo ello puede ser un camino para la evangelización y la catequesis¹⁶.

Asumir la cultura y los modos de hacer que configuran la vida de un pueblo es algo imprescindible para poder dialogar con ese mismo pueblo en el lenguaje de la fe. El Evangelio no destruye sino que recoge valora y hace propia la realidad de lo humano. Ni se puede ignorar, ni tratar con indiferencia el valor e idiosincrasia de los pueblos, mucho menos anular su historia, sus valores propios, sus actitudes y expresiones. Ciertamente que será necesaria una labor de discernimiento y de purificación de aquellos elementos que dificultan el reconocimiento del valor de las mismas expresiones culturales.

Dios ha puesto su mano y su gracia en todas las culturas, pero también, en la realidad cultural aparecen las secuelas del pecado.

Actitudes, modos de pensar, costumbres, formas de hacer de cada tiempo, exigen un permanente diálogo interdisciplinar y estar siempre dispuestos a acudir a un foro abierto de reflexión y de participación. Una vez más, el recto sentido de la inculturación será buen camino de acercamiento entre lo religioso y sus expresiones sociales y culturales.

Habrà que entrar en el alma del pueblo, ahondar en raíces y sentimientos, buscar lo mejor y más genuino de las gentes. Allí se encuentra la huella de la mano de Dios y la acción del Espíritu. La Iglesia no puede renunciar a lo que es su misión: ofrecer el Evangelio de Jesucristo. La Palabra de Dios, la Eucaristía, los sacramentos, la caridad, el compromiso social por la justicia, el testimonio de una fe viva.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ GASTÓN, Rosendo. *La Religión del pueblo*. Madrid: BAC, 1976.
- ÁLVAREZ SANTALÓ, Carlos, et alii. *La religiosidad popular*. I-III volúmenes. 20 Ed. Barcelona: Anthropos, 2003.
- AMIGO VALLEJO, Carlos y GÓMEZ GUILLÉN, Ángel (Eds). *Religiosidad popular. Teología y pastoral*. Madrid: Edibesa, 2000.
- ARANDA DONCEL, Juan et alii. *La religiosidad popular en Andalucía*. Cabra: Ayuntamiento de Cabra, 1995.
- ASAMBLEA DE LOS OBISPOS DEL SUR. *El Catolicismo popular en el ser de España*. Madrid: PPC, 1975.
- ASAMBLEA DE LOS OBISPOS DEL SUR DE ESPAÑA. *El catolicismo popular*. Nuevas consideraciones pastorales. Madrid: PPC, 1985.
- BENEDICTO XVI. "Discurso Asamblea eclesial" Verona, 19-10-06.
- "Al clero de Roma" 22-2-07.
- "Homilía Mariazell" 8-09-07.
- "Entrevista a Benedicto XVI", 9-5-07.
- "A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas". Nueva York, 18-4-08.
- CASTILLEJO GORRAIZ, Miguel. *La religiosidad popular cordobesa*. Córdoba: Argantonio, 1984.
- CASTÓN BOYER, Pedro et alii. *La religión en Andalucía. Aproximación a la religiosidad popular*. Sevilla: Biblioteca de la cultura andaluza, 1985.
- COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA. *Evangelización y renovación de la piedad popular*. Madrid: PPC, 1987.
- CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO. *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*. Madrid: BAC, 2002.

¹⁶ Cf. Asamblea de los obispos del sur, *El catolicismo...* 26.

- CONGRESO INTERNACIONAL DE HERMANDADES Y RELIGIOSIDAD POPULAR. *Libro de Actas*. Sevilla: Arzobispado, 1999.
- DANNEELS, Godfried. *La religion populaire*. Mechelen: Archevêché, 2008.
- DIÓCESIS DE JAÉN. *Directorio pastoral de la religiosidad popular y evangelización*. Jaén: Obispado, 1995.
- ESTRADA, Juan Antonio. *La transformación de la religiosidad popular*. Salamanca: Sígueme, 1986.
- GÓMEZ GUILLÉN, Ángel. *Religiosidad popular. Aproximación teológica y pastoral*. Sevilla: Instituto de Liturgia San Isidoro, 1997.
- JUAN PABLO II. *A los obispos de Chile, 191084*.
- MALDONADO, Luis. *Religiosidad popular. Nostalgia de lo mágico*. Madrid: Cristiandad, 1975.
- *Génesis del catolicismo popular. El inconsciente colectivo de un proceso histórico*. Madrid: Cristiandad, 1979.
- *Introducción a la religiosidad popular*. Santander: Sal Terrae, 1985.
- MARTÍNEZ SISTACH, Luis. *Las Cofradías de Semana Santa al servicio del culto y de la caridad*. Barcelona: 2007.
- MURGA GENER, José Luis. *Rocío: un camino de cantares*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1991.
- PABLO VI. *Evangelii Nuntiandi. La evangelización del mundo contemporáneo*. 20 Ed. Madrid: San Pablo, 1995.
- PANNET, Robert. *El catolicismo popular*. Madrid: Marova, 1976.
- PELÁEZ DEL ROSAL, Manuel. *Cancionero popular del Rosario de la Aurora*. 20 Ed. Priego de Córdoba: Instituto de Historia de Andalucía, 1978.
- PEYRÉ, Joseph. *La Pasión según Sevilla*. Sevilla: Castillejo, 1989.
- PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA. *Via Pulchritudinis*. Madrid: BAC, 2008.
- RAMOS GUERREIRA, Julio A. et alii. *La religiosidad popular. Riqueza, discernimiento y retos*. Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia, 2004.
- ROMERO MENSAQUE, Carlos José. *El Rosario en Sevilla. Religiosidad popular y Hermandades de Gloria*. Sevilla: Eco 21, 1990.
- RUIZ FERNÁNDEZ, José, et alii. *Actas de las I Jornadas de religiosidad popular*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1998.